

de reconstituir prosopopéyicamente aquel trozo de su pasado aventurero, preguntó al muchacho:

—¿No es verdad todo esto, hijo Andrés?

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad—respondió el chico—, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés?—arguyó Don Quijote.

Y entonces Andrés refirió al hidalgo y demás circunstantes cómo el avaro lo ató de nuevo, apenas hubo marchado Don Quijote, y le volvió a zurrar de lo lindo, dejándole hecho un San Bartolomé; cómo se burlaba de él mientras le pegaba; cómo después estuvo en un hospital curándose durante algún tiempo, y cómo, por fin, de ello tenía la culpa, única y exclusivamente el caballero, porque encendió en cólera a Haldudo con sus frases y amenazas, de tal suerte que éste no pagó al muchacho y le volvió a martirizar.

Don Quijote comprendió que hizo mal en marcharse, cuando tuvo lugar la escena de referencia, sin que Haldudo hubiera pagado a Andrés su salario. Y quiso, en aquel mismo momento, emprender el camino en busca del menguado que no cumplió lo prometido; pero decidió desistir de ello, pues Dorotea recordóle la promesa que le había hecho (en la farsa que ésta y a'gunos de los demás acompañantes representaban, con el fin de llevarse a Don Quijote a su a'dea, desde el retiro de penitencia en Sierra Morena), de ir sin pérdida de tiempo a acometer la empresa de su desagravio contra el gigante que avasallaba a su reino de Miconicón.

Es aquí cuando viene esa situación de contraste, de realismo, que nos parece la culminante de toda la obra, y que resume el profundo sentido de la psicología humana, en su sempiterna lucha del materialismo contra la espiritualidad. La ingratitud del muchacho, que desprecia el bien que se le ha hecho y el juramento de Don Quijote de vengarlo, y pide, en cambio, algo que comer, prefiriendo, irreverente, a tan ejemplar propósito, un poco de queso y pan; la risa, mal disimulada, de los acompañantes del caballero; la tristeza de Sancho al tener que desprenderse de un poco del contenido de su alforja, con lo cual—según sus palabras—le llegaba a él también parte de las desgracias del mancebo, y, finalmente, la mezcla de desencanto e ira del hidalgo, constituyen, decimos, un singular momento en el que se simultanean la idealidad y el desinterés generoso, el materialismo y la ingratitud, la burla y la ironía, que cierra el muchacho partiendo, no sin antes decir a su benefactor: «Por amor de Dios, señor Caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo».